

ENTRE HACER O NO HACER NADA



Han llegado las vacaciones y todos, sin excepción, pensamos que vamos a descansar, que durante unos días no haremos nada. Luego, la cosa cambia, y apenas tenemos tiempo para descansar: los compromisos, los encuentros, los deportes, y todo lo demás, nos suelen dejar sumidos en un agotamiento mayor si cave que el traíamos de la gran ciudad.

Cuando yo era pequeño, para un niño las vacaciones significaban dejar de ir al colegio, acercarse a la mar o a la montaña, verdaderamente era cambiar la vida, andar descalzo o con alpargatas, nadar, correr, saltar y ver a los amigos de otros años, que regresaban con sus padres con nuevas ganas de compartir. Durante más de dos meses hacíamos excursiones, chocolatadas, asistíamos a verbenas locales, y sobre todo, dejábamos pasar el tiempo entre risas y cuentos, entre el placer del vagabundeo y la ausencia de unas obligaciones concretas. Nos acercábamos el campo, a la mar, a la vida animal, en verdad éramos los protagonistas de un nuevo tiempo, de un cambio delicioso que nos apartaba de los diez meses de reclusión mental, física, y me atrevería a decir espiritual, en la que todo ser humano ha de vivir en la gran ciudad.

Hoy, todo esto es diferente: los chicos deben asistir a una infinidad de actividades que los devuelven a sus poblaciones con más estrés que el que traían de ellas. Van a cursos de idiomas, de actividades deportivas varias, y muchos, además, deben recibir clases sobre aquellas asignaturas que les quedaron pendientes. Cuando no han de desplazarse al extranjero para asistir a cursos, campamentos, convivencias y dichas cosas por el estilo. Cuando los chavales deben regresar a su vidas de invierno, están más cansados que cuando salieron de vacaciones. Se les ha apretado tanto, que acaban refugiándose en el ordenador, en la consola y en el silencio. Es evidente que los padres pensamos de buena fe que todo eso les conviene, les ayuda, pero creo firmemente que en realidad sólo nos ayuda a nosotros, a nuestro ego, a esa indecente competitividad que empleamos, incluso, con lo que afecta a nuestros hijos.

Antes hacíamos un cambio de vida, hoy sólo se cambia de lugar en el que se hace la vida por unas semanas. Todos se ponen metas que conquistar, objetivos que cumplir, piedras que visitar o gentes con las que estar, conocer o ligar. Se sale ya de vacaciones con una agenda repleta de obligaciones, sin un solo momento para no hacer nada, para descansar de verdad.

El ser humano ha de parar por un tiempo para no enloquecer. Debemos hallar horas para bucear por dentro de nosotros mismos, para reflexionar, planificar a largo y no hacer nada, para pasar de todo lo que nos aprieta y rodea. Los chinos, que siempre fueron sabios en esto de controlar percepciones, dicen que el ser humano debe establecer un equilibrio entre el movimiento y la quietud, entre hacer, crear y conquistar, y

descansar, vaciar y relajarse. El mundo que nos ha tocado vivir es un cruel aliado de todo lo contrario, pero todavía tenemos alguna oportunidad de llevarle la contraria, de diseñar la vida y la de los nuestros al paso de la lógica natural, de las verdaderas necesidades familiares, apartados de convencionalismos, intereses, y de aquello que los otros pretenden pintarnos como bueno y saludable, cuando en realidad, todo ello, reside en nosotros mismos.